

Revista de Estudios Taurinos
N.º 8, Sevilla, 1998, págs. 271-278

Fernando Claramunt López: *Toreros de la Generación del 98. O una manera española de entender la vida*, Madrid, Tutor, 1998, 360 págs.



Fig. n.º 82.- Portada del libro *Toreros de la Generación del 98* (Claramunt, 1998).

No es probable que el maestro Azorín hubiese llegado a sospechar el juego que terminaría dando en la historiografía española el marbete de *Generación del 98* que, como es sabido, acuñó en sus famosos artículos del diario *ABC* en 1913. Y es posible que llevara mucha razón su amigo Pío Baroja cuando se resistía a aceptarlo, pues al menos en el orden literario tal denominación está muy lejos de poseer el sentido aglutinador que se le ha venido dando, y por ello la crítica más solvente tiende hoy a sustituirla por enunciados más genéricos, tales como «Fin de siglo» e incluso *Modernismo*. En todo caso, la noción de 98 viene funcionando cada vez más como criterio de periodización y referencia de época, es decir, como expresión de un *tiempo* en el que España vivió un momento *crítico* de cambio y de profunda reflexión sobre ella misma. En ese sentido, la expresión sería aplicable a un segmento temporal que se abre en la última década del siglo XIX y se prolongaría al menos hasta mediada la segunda década del XX. Ése es el ámbito cronológico en el que se sitúa el libro de Fernando Claramunt, especialista en Psiquiatría, ensayista y autor muy conocido por los lectores interesados en la reflexión intelectual sobre el mundo de los toros, ya que ha publicado hasta el momento varias obras dedicadas a la fiesta, la última de ellas sobre la figura de Manolete. Un buen conocedor de la historia taurina, que sabe ubicarla en el contexto social y cultural en la que aquélla se viene desarrollando desde sus orígenes y presentarla con amenidad y vigor.

En esta ocasión Claramunt se suma, desde la perspectiva taurina, a la celebración del centenario de aquella fecha emblemática, dándonos una imagen de lo que el mundo de

los toros significó en esa España del *fin de siglo*. El título del libro: *Toreros de la generación del 98*, remite al que el pintor Daniel Vázquez Díaz ideó para su célebre cuadro *Las cuadrillas de Lagartijo, Frascuelo y Mazzantini, o Toreros del 98*. Y el subtítulo (*O una manera española de entender la vida*) apunta sin duda al propósito de analizar el fenómeno taurino mucho más allá de su simple dimensión festiva y pintoresca, como clave y reflejo de un modo de ser y de vivir la vida específicamente español, es decir, como un hecho trascendental y profundo para entender, a la manera orteguiana, el sistema de valores de una sociedad que otorga a la fiesta una verdadera *función pedagógica* practicada no desde arriba, como propugnaban los regeneracionistas y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, sino desde abajo, por mediación de un héroe —el torero— que procede del pueblo llano y a él revierte como auténtico modelo de comportamiento: «Educación no con pluma de intelectual, puesto que esta gente no sabía leer ni escribir, aunque aprendiera al ascender de nivel social. Educación, sí, en tanto que “modelo”, de figura que no puede engañar ni defraudar a su público, al “demos” de las gradas. Educador como ejemplo y lección de estilo, de elegancia y gracia frente al peligro. El riesgo no es sólo el de la cornada, de la que nadie se libra, sino el de la adversidad que acecha a todos» (págs. 9-10).

Desde ese punto de vista, sin duda polémico pero sugestivo, que asigna al torero una función canónica y ejemplarizante de dimensión social y *democrática*, Claramunt nos va trazando a lo largo de su libro un conjunto de cuadros o estampas de época que tienen como hilo conductor la vida taurina pero que en verdad reflejan el complejo y con fre-

cuencia sorprendente y atractivo entramado de la vida española de aquel tiempo: la política, el arte y la literatura, el periodismo, las modas, el folklore, los gustos aristocráticos y populares, etc. Cada uno de estos *episodios* es en verdad el resultado del ensamblaje de multitud de datos informativos que el autor sabe ágilmente encajar y a la vez interpretar en apoyo de sus puntos de vista. Con ellos quiere ilustrar analogías y paralelismos entre el mundo de los toros y el de la calle; entre la personalidad de los toreros y el pulso de una España sometida a los vaivenes de un momento de crisis. Catorce capítulos que se abren con la muerte del *Espartero* en 1894 y se cierran en 1913, cuando Juan Belmonte, que ya no es un *torero del 98*, toma la alternativa. Entre una y otra fecha desfilaron las más importantes figuras de la tauromaquia de entre siglos; *Guerrita*, *Lagartijo*, *Frascuero*, *Mazzantini*, Reverte, Antonio Fuentes, *El Algabeño*, *Bombita*, *Machaquito*, Vicente Pastor, Rafael *El Gallo*...

Semblanzas de toreros de primera fila —con numerosas alusiones, también, a otros de menos notoriedad— que no responden primordialmente a una estricta intención biográfica e informativa, ni siquiera al objetivo de analizar el modo que cada uno tiene que concebir el toreo (cosas, ambas, que el autor del libro resuelve con notable competencia técnica, aunque a veces pueda caer en cierta prolijidad en el recuento de tantas y tantas corridas como se enumeran) sino que quieren ofrecer al lector los rasgos más sobresalientes de la personalidad de estos diestros, sus claves psicológicas y morales, los móviles de su conducta dentro y fuera del ruedo, su concepto de la vida, sus relaciones con el mundo..., es decir, precisamente aquello que, en opinión de Claramunt, los per-

fila como exponentes de un modo de ser y de estar que hacen posible esa *función pedagógica* reservada al héroe popular y que a la vez refleja cosas fundamentales de la España que les tocó vivir. Son, por ello, los *toreros del 98*, es decir, los que mandaban en la fiesta en los años de la Restauración y el Desastre, los coetáneos de krausistas e institucionistas, los testigos de un país agitado por la polémica intelectual y la cuestión social, pero que se complacía, al mismo tiempo, en los gustos castizos y aflamencados de extracción romántica vigentes en la segunda mitad del siglo XIX.

Es sin duda esta demorada incursión en las claves simbólicas de la personalidad de los toreros el aspecto más novedoso y sugestivo del libro, por ser también este campo de la psicología social el más acorde con la profesionalidad del autor y en el que mejor se mueve, en contraste con otros dominios, como el de la literatura o la historia, en los que en ocasiones no acierta a librarse de algunos esquematismos y simplificaciones, cosa por otra parte inevitable dentro de una obra que, dada la tesis general en que se sustenta, tenía necesariamente que plantearse como un trabajo interdisciplinar. Interdisciplinariedad que la hace atractiva y sugerente, pero a la vez bastante polémica, dado el riesgo que es siempre inherente a la operación intelectual de establecer y describir convincentemente analogías o discordancias entre diferentes ámbitos vitales o intelectuales, en este caso entre el mundo del toreo y la vida española de aquellos años. Riesgo que puede hacer caer al autor en afirmaciones ciertamente brillantes aunque no siempre precisas, expresadas con innegable garbo literario y acordes, sin duda, con el tono ensayístico y hasta ficcional con el que ha encarado desde el primer momento el

tema, pero no siempre convincentes a la luz de las exigencias de una rigurosa metodología de investigación histórica. Valga como ejemplo de lo dicho la correlación que Claramunt establece entre el gesto del *Espartero* en un retrato de Vázquez Díaz y el talante del pueblo español de su tiempo: «Gesto serio, pesimista, desilusionado. Domina el sentimiento sobre la reflexión, que queda en segundo plano. Puede ser la actitud de la generación literaria de 1898. El cuerpo, de perfil, vestido de seda grana y bordado de negro azabache traduce la energía encorsetada del pueblo español. Stendhal lo vería oprimido por *Le Rouge et le Noir*, lo Rojo y lo Negro; son colores heráldicos de los poderes eclesial y militar o gubernamental. En el retrato, el matador *posa*. Toda España *posaba* en vísperas del Desastre. Los ricos, los pobres, los literatos, los anarquistas, los generales. La vividura española estaba desproporcionada, luego se quedaría invertebrada, como las partes del cuerpo en el retrato [...] *El Espartero*, como el pueblo español que él representa y es, no se hace ilusiones, ya no espera nada. La solidez de su arquitectura corporal contrasta con esa mirada frágil. El pueblo sin agilidad ni alegría, sobrevivirá; su valor de toro granítico quedará bien demostrado. Está por venir otra voz del pueblo, Miguel Hernández, que se sabrá nacido para el luto y el dolor. En *El Espartero*, y en lo que él representa, es proverbial su capacidad de resistencia y de sacrificio, el «no importa», siempre apretado dentro de ese terno color de sangre y de luto. El pueblo se ha vestido como es debido para el inmediato Desastre y para los que hayan de venir en lo sucesivo» (págs. 40-41).

En esa misma línea de homologías o contrastes de valor simbólico el autor subraya, por traer a colación otras muestras,

las diferencias entre el talante del torero Reverte, «un español que no mudaba la color», y que era fiel a sí mismo y a sus ideas, y los políticos de entonces, incapaces de guardar fidelidad a sus propias convicciones (pág. 123). O las similitudes entre el elegante toreo de Antonio Montes y la estética modernista de Rubén Darío y Manuel Machado (pág. 134); y entre la prestancia del señor José *El Algabeño* y el arquetipo d'orsiano de la persona «bien plantada» (pág. 163). Tanto Vicente Pastor como Pío Baroja tienen —afirma— el mismo «regusto pesimista en torno a la vividura española» (pág. 192).

Ejemplos a los que podríamos sumar otros muchos y que ilustran muy bien, en mi opinión, cuál es el verdadero perfil genérico del libro, situado a medio camino entre el análisis histórico y antropológico y el ensayo; entre el rigor del dato y la inventiva literaria que lo recrea y con frecuencia lo eleva el plano de la ficción, con una brillantez de estilo y una agilidad expositiva que hacen su lectura amena y sugerente. Hibridismo que mezcla o alterna la investigación con la reconstrucción imaginaria, el aporte científico con el enfoque personalísimo y hasta beligerante en algunas cuestiones de la vieja polémica intelectual y moral sobre la fiesta de toros. El riquísimo material informativo sobre la vida española del *fin de siglo* que el autor conoce y pone a nuestro alcance; su capacidad para ensamblarlo con el mundo de la tauromaquia; la habilidad con que reconstruye los ambientes de época y las mentalidades colectivas: el sabroso anecdotario con que lo adoba..., todo se plasma en el diseño final de un auténtico cuadro que quiere reproducir, siempre desde la perspectiva personal del autor, los perfiles dominantes de la sociedad española del 98, no comprensibles del todo si se prescinde del acusado protagonismo

de la fiesta de toros y de su estrecha vinculación con la política, el arte, la literatura y en general con todo el discurrir de la vida de entonces. Protagonismo que Claramunt realza con su probada erudición taurina y sobre todo con una soltura literaria y una amenidad que garantizan el disfrute a cualquier lector. Se compartan o no algunos de sus estimaciones y construcciones mentales, se esté o no de acuerdo con su a veces extremada taurofilia o sus desautorizaciones de los detractores de la fiesta, es ésta, sin la menor duda, una obra que llega muy oportunamente en este año conmemorativo del 98 y que ninguno de los que nos interesamos por el fascinante mundo de los toros podemos desconocer.

Rogelio Reyes Cano
Fundación de Estudios Taurinos

